



De Fiyi a Indonesia

Todo empezó cuando sentí un fuego en el corazón, un llamado que no podía ignorar. En 2023, después de contar mi historia en un pódcast, me sentí en la cúspide de algo grande. Pocos meses después, me gradué de Teología, esperanzado y deseoso de servir allá donde Dios me enviara.

Mi primera solicitud fue a la Misión de Tonga, donde había una vacante de capellán. Cuando recibí una respuesta positiva dos semanas más tarde, hice las maletas lleno de emoción y oré, convencido de que aquel sería mi primer trabajo misionero oficial. Pero, así de rápido como se abrió la puerta, se cerró. La Misión reconsideró su decisión: ya no me necesitaban.

Solicité otros puestos de trabajo como misionero en otras organizaciones adventistas, pero no se dio ninguno y me desanimé. Me sentía invisible y olvidado. Pero, entonces, una palabra de sabiduría lo cambió todo. Uno de mis antiguos profesores, el Dr. Tabua Tuima, me miró a los ojos y me dijo:

—Empieza tu ministerio en Fiyi antes de salir al mundo.

Sus palabras se enraizaron en mí.

Poco después, mi camino se cruzó con el secretario ministerial de la Misión de Fiyi, que me animó a enviar una solicitud formal a la oficina de la Misión. Con un corazón humilde, envié un sencillo currículum, en el que expresaba mi deseo de servir entre hablantes nativos de fiyiano y de trabajar en el ámbito de la comunicación. A finales de marzo de 2024, Dios abrió una puerta que no esperaba: fui asignado a supervisar tres

iglesias en la ciudad. No tenía posición oficial ni salario, solo un llamado, un corazón dispuesto y una misión.

Desde el día uno me enfrenté a grandes dificultades. La barrera del idioma fue una montaña que tuve que escalar. Tuve que aprender rápidamente a predicar, a orar y a ministrar con fluidez en fiyiano. Un día, la esposa de un anciano de iglesia me dijo:

—A algunos de nuestros miembros no les gusta nuestro nuevo pastor porque predica en inglés.

Otros se preguntaban por qué la Misión había enviado a alguien tan joven. Yo tenía apenas 22 años. Esas palabras me calaron muy hondo, pero no dejé que me definieran. Me quedé. Oré. Persistí.

Tenía un horario de trabajo muy intenso. Los sábados eran un maratón: Escuela Sabática en una iglesia, servicio de culto en otra y actividades de jóvenes en una tercera. Los días entre semana estaban repletos de reuniones de oración, programas para jóvenes y Grupos pequeños. Pero algo hermoso sucedió en medio de tanto ajetreo: empecé a entender a mi gente. Su idioma se convirtió en mi idioma; su confianza se convirtió en mi recompensa.

En mayo se abrió un nuevo capítulo. Me invitaron a presentar el programa de radio de nuestra Iglesia en Hope FM Fiyi titulado *Coast to Coast Breakfast Show* [Desayuno de costa a costa]. Al principio, lo hice fatal: no me fluían las palabras, no sabía usar bien el equipo y me sentía agotado del ministerio hasta altas horas de la noche. Nos llegaban comentarios negativos a través de mensajes

de texto y correos electrónicos. Pero no renuncié. Estudié. Escuché. Crecí. Poco a poco, mi voz se hizo familiar, no solo en Fiyi, sino en todo el mundo.

Presentaba testimonios, hablaba de las creencias de la Iglesia, explicaba pasajes de las Escrituras y animaba a los oyentes. Fuera de antena, me enfrentaba a una tormenta personal. No tenía ingresos y, sin embargo, llevaba la carga económica de ayudar a otras personas porque apoyé la educación de mi hermana de 16 años y ofrecí la misma oportunidad a mi prima, que había abandonado los estudios a causa de varias dificultades. Prometí cubrir sus gastos durante tres trimestres, confiando en que Dios proveería. Fue difícil, pero nunca pasé hambre. El primer anciano me levantaba el ánimo y, a veces, me daba algún regalo.

Ni siquiera mi único día libre, el lunes, era mío. Lo pasaba como voluntario en una residencia de ancianos, orando para que Dios me enseñara humildad. Y lo hizo, a través de las manos arrugadas y los ojos sabios de aquellos a quienes servía.

Más adelante, me anoté en un curso de Lenguaje de Signos, al que asistí dos veces por semana durante seis meses. Me gradué en noviembre de 2024, el mismo mes que terminé de pagar los estudios de las dos niñas. Un verdadero milagro.

Yo iré

La iniciativa "Yo iré" es una estrategia misionera que promueve la implicación de todos los miembros de la iglesia en la predicación del evangelio. Es un llamamiento para que todo adventista se implique activamente en alcanzar el mundo para Jesús utilizando los dones espirituales que Dios le ha dado para dar testimonio y servir.

Hoy estoy en Indonesia, lejos de casa, pero exactamente donde Dios me quiere. Enseño inglés en una academia y soy mentor de los estudiantes para ayudarlos a desarrollar un carácter semejante al de Cristo en un lugar donde hablar de Jesús públicamente no es bien recibido.

No me resulta fácil. Me siento solo. No hay ninguna iglesia a la vista. Pero cada día me acuerdo de que este es el campo de misión. Me aferro a la verdad de que Jesús es mi compañero constante, mi mejor amigo. Es un honor para mí formar parte de la iniciativa "Yo iré":

- *Yo iré a mi familia.* Dios respondió mis oraciones y libró a mi madre de la adicción.
- *Yo iré a mi prójimo.* Ayudé a mi prima a volver a la escuela.
- *Yo iré a mi lugar de trabajo.* Ofrecí mi voz y mi tiempo para servir a través de los medios de comunicación y la escritura.
- *Yo iré hasta los confines de la tierra.* Ahora sirvo en un lugar donde no puedo decir el nombre de Dios libremente, pero puedo vivir con valentía.

Este es mi camino de fe, servicio y entrega. De Fiyi a Indonesia, Dios me ha guiado a cada paso.

Relato narrado tal como se lo contó su protagonista, Alice Rore, a Maika Tuima.

Parte de las ofrendas del decimotercer sábado de años anteriores ayudó a sostener los ministerios de televisión Hope Channel y Radio Hope FM en el sur del Pacífico. Gracias por sus ofrendas de este trimestre, que ayudarán a proyectos de salud infantil en las Islas Salomón y Vanuatu.